

---

## Carta del Director

---

Como anunciamos en el número anterior, el presente está dedicado a los intelectuales. Nos parece que es una buena oportunidad para reflexionar sobre su función en la vida argentina contemporánea.

A diferencia de épocas pasadas, en las que el rótulo importaba más que nada, hemos logrado una razonable convivencia entre hombres de distintas corrientes ideológicas. Los planes de investigación —de las agencias nacionales, de las universidades— cubren la geografía argentina. En parte, nos hemos burocratizado. Nuestra vida son los curriculum, los escalones cada vez más exigidos, la adaptación a los estándares internacionales. Queda eso, o la marginalidad absoluta, esperando que dentro de algunas generaciones nos reconozcan como los grandes profetas de esta tierra.

No hay duda que es positivo que busquemos la excelencia académica. Sin embargo, ¿Es suficiente? ¿Estamos cumpliendo con nuestra función social? Quizá estemos tentados a decir que sí, que nuestra función es precisamente esa, llenar curriculum y bibliotecas, asistir a congresos y ganar becas. Sin embargo, la dura historia contemporánea de una Argentina dividida por motivos fútiles, llena de veleidades y tentaciones, de comparaciones odiosas con pasados míticos o perdidos, nos interroga. La imaginación y la au-

dacia no abundan en nuestros gobernantes, pero ¿no será que también falta en nuestros intelectuales? No cabe duda que hay corrupción y sin embargo, ¿no será que nos conformamos con declamarla y aún denunciarla, pero no en superarla cotidianamente, venciendo el hastío y hasta la repugnancia que nos genera?

Si la función del intelectual es pensar y volver a pensar, tenemos que reflexionar que la Argentina solo podrá superar sus dudas y contradicciones, si los intelectuales damos el gran salto delante de imaginar una Argentina más justa y solidaria, en la que la convivencia no sea solo ausencia de guerras políticas, sino auténtica construcción social. Y no solo eso, que tengamos la esperanza gozosa y convencida que el futuro puede ser mejor, porque está en nuestras manos, precisamente porque solo la investigación y la educación harán posibles la realización plena –en lo material y espiritual- de todos y cada uno de los argentinos.

Nuestra función, no es pues, sólo pensar, sino también pensar con humildad, con una actitud fraterna y solidaria, firme en nuestras convicciones, pero abierta al diálogo, en un ambiente de pluralismo real y no declamado, no adecuándonos a lo “políticamente correcto”, sino pensando en el servicio que podemos prestar y que nuestro pueblo necesita.

**Luis María Caterina**